

UNIVERSIDADES O «MULTIVERSIDADES». ALGUNAS REFLEXIONES PARA EL FUTURO

*Francesc Raventós Santamaría**

I. ¿POR QUÉ REFORMAR LA UNIVERSIDAD?

La reforma de las universidades y de todo el sistema educativo es hoy una clara necesidad social. Los síntomas o indicadores de fracaso —escolar, profesional, personal y social— en los sistemas educativos de la mayoría de los países occidentales, junto a un sinnúmero de costumbres arbitrarias, de progresos del conocimiento, de «autismo» de muchas instituciones educativas, de miopía política, y de múltiples cambios en nuestro entorno más o menos cercano, son sólo algunas de las variadas causas o consecuencias que nos permiten reflexionar, aunque con una visión parcial, el mundo global y complejo en el que nos hallamos inmersos al iniciar el nuevo milenio.

Aumentar la lucidez y perspicacia, y organizar de forma más óptima nuestros conocimientos, criterios e ideas para proyectarlos hacia nuestro entorno es una misión primordial que bien puede y debe resumirse en un solo vocablo, con demasiada frecuencia manipulado o degradado: educación.

Y hoy «educación» es todo un mundo diverso y complejo con múltiples enfoques, momentos y facetas, que se escabulle con extraordinaria facilidad en un análisis metódico y prolijo.

No obstante, en la medida en que seamos capaces de descubrir cuáles son los auténticos objetivos y finalidades de nuestra educación, estaremos más cerca de reproblematicar nuestros principios, conocimientos y conductas, para así poder acercarnos a una mirada más relacionante, más contextualizada —global y local—,

* Universidad de Barcelona.

más compleja, y con una visión más comparativa del mundo que nos rodea; lo cual nos permitirá modificar la ordenación de nuestras prioridades y así poder alterar también nuestro rumbo.

Reformar la educación es en el ámbito de lo formal, rectificar de nuevo el sistema educativo iniciando una nueva dinámica de cambio constante y permanente que empezando por la educación infantil alcance hasta la universidad. En otros términos, una profunda y difícil reforma de la universidad demanda una inevitable transformación de todas las etapas anteriores, que sin pérdida de nuestra identidad nos aproxime hacia espacios y tiempos —sólo en apariencia lejanos a nosotros— y nos descubra de manera integrada todas las dimensiones de la realidad humana: antropológica, social, histórica, política, jurídica, psicológica, geográfica, etc.

El aprendizaje formal de la nueva educación infantil, primaria y secundaria debería ser capaz de establecer relaciones, puentes y conexiones entre determinados conocimientos parciales, seccionados o fragmentados, y una cultura global dinámica imprescindible en nuestro entorno.

La formación de ciudadanos atentos y respetuosos con los derechos humanos y capaces de enfrentarse a los nuevos desafíos del siglo XXI debería ser el horizonte y el motor que nos impulsara y que nos exigiera un serio y profundo debate sobre la educación, analizando de manera sistémica sus diversos componentes, sus estructuras, agentes, recursos, etc.

Desde esta perspectiva, por ejemplo, podríamos cuestionarnos seriamente cuántos contenidos escasamente útiles se incluyen hoy en nuestros currícula de educación primaria, secundaria y terciaria; y, simultáneamente, investigar y examinar cuántos y qué contenidos esenciales por su carácter formativo o funcional estamos ignorando y, por lo tanto, nos alejan de un nuevo modelo más científico, más humano y más en consonancia con las necesidades actuales y futuras de cada persona y de cada sociedad.

II. EL CRECIMIENTO DE UNIVERSIDADES

La multiplicación de universidades en la España de finales del siglo XX ha generado una situación indudablemente positiva en cuanto al aumento de aulas, alumnos, profesores, instalaciones y otros recursos, y en cuanto al acercamiento

hacia determinadas zonas geográficas con importantes dificultades de acceso a la enseñanza superior hasta hace pocos años, en parte mitigadas por el papel clave que ha suministrado la UNED.

Entiendo que esta notable proliferación de la oferta de estudios superiores es a todas luces digna de elogio, al menos en cuanto al aumento de posibilidades de acceso. No obstante esta saludable expansión, el crecimiento poco controlado de muchos centros, públicos y privados, singularmente en diversas capitales de provincia y otros núcleos urbanos hasta hace poco tiempo casi excluidos del ámbito universitario, despierta esperanzas cuantitativas de oportunidades al tiempo que desvela serias dudas y preocupaciones en cuanto a los mínimos umbrales de rigor y de calidad imprescindibles en cualquier institución de educación superior. Así, en muchas universidades españolas existen hoy dudas razonables sobre la mediocridad y la falta de auténtico sentido universitario de diversos centros, aulas, profesores, etc.

No vamos a adentrarnos ahora en los criterios de calidad o excelencia ni en la gestión de calidad en los diversos modelos de universidades, cada vez más complejos y dispersos, más cercanos al concepto de multiversidades. Solamente deseo someter a reflexión la inquietud que suscita en la actualidad, la preocupante mediocridad y en ocasiones pobreza que se detecta en muchas aulas universitarias, tanto en sus alumnos como en sus profesores. A modo de ejemplo, las recientes denuncias sobre irregularidades en las convocatorias de concursos de profesorado, incluso en prestigiosas revistas científicas internacionales como *Nature*, van más allá del tradicional conflicto endogámico de selección del profesorado y, además de poner en entredicho la calidad y competencia de las instituciones universitarias, pueden llegar a hipotecar parcialmente el futuro de varias generaciones de alumnos.

Al respecto, podríamos formularnos cuestiones como las siguientes: ¿Será que la universidad como espacio de reflexión, de crítica, de aprendizaje y de investigación, también merece ser procesada y censurada por este exceso de trivialidad, vulgaridad y ordinariez que hoy promueven muchos medios de comunicación, con la complicidad del silencio y del enmudecimiento de educadores, políticos, intelectuales, etc.? O bien: ¿Será que la universidad ignorando sus funciones regeneradoras y críticas también acepta esta ética elemental en la que incluso los dramas humanos se convierten en espectáculos cotidianos y donde se digieren fácilmente diferentes situaciones graves de exclusión social y educativa?

Sin duda, la universidad debería combatir los efectos perversos de un entorno demasiado frívolo, voluble y pueril que con excesiva simplicidad ignora o trans-

forma en un juego insubstancial los auténticos problemas, tensiones sociales y miserias humanas, al tiempo que incita con excesiva frecuencia y ligereza hacia la devaluación del saber, del conocimiento y de la racionalidad.

Parece razonable pues, defender la necesidad de unos mecanismos que frenen la proliferación incontrolada de universidades y que aseguren una garantía de calidad en estas instituciones.

III. UNIVERSIDAD, LUCHA CONTRA LA IGNORANCIA Y EDUCACIÓN PERMANENTE

Favorecer el acceso a la Universidad a un importante número de personas de diferente edad y condición debería ser en la actualidad una premisa más que un reto. Y, en consecuencia, las estructuras y las personas —profesores, alumnos y personal no docente— desempeñamos un papel primordial si somos capaces de contribuir con eficacia al desarrollo de un proceso de democratización y a la renovación de todo el sistema educativo formal desde la educación infantil hasta la educación superior.

En la actualidad las universidades deben ocuparse irremisiblemente tanto de optimizar el nivel cultural de quienes ya poseen una titulación superior, como de instruir y educar a los no titulados. Por lo tanto, profesores, investigadores, alumnos, etc., estamos implicados en una pluralidad de programas y enseñanzas, algunos de los cuales deben dirigirse de manera específica a una población adulta, en una época en la que sabemos que quienes conservan una buena actividad mental pueden gozar asimismo de una vejez más gratificante. Como indicaba recientemente el eminente psiquiatra y profesor Luis Rojas Marcos,

«... hoy tenemos a nuestro alcance abundantes pruebas de que la vitalidad física, mental y social de las últimas décadas de la existencia no es tanto una cuestión de genes como del estilo de vida que elegimos. Y muchas de las fórmulas que nos pueden ayudar a vivir más sanos y contentos se pueden aprender.»¹

¹ Conferencia pronunciada en la Jornada sobre «Las personas mayores ante el tercer milenio: derechos y responsabilidades», celebrada en Santiago de Compostela el 4 de marzo de 1999 y publicada por la Fundación «la Caixa» con el título: *Aprender a vivir* (1999), p. 17.

En consonancia con estas palabras del eminente profesor Rojas Marcos, cabe esperar que la universidad incluirá entre sus objetivos de futuro el posibilitar el acceso a los estudios superiores de un creciente número de ciudadanos, de entre los cuales una porción considerable de ellos serán adultos deseosos de aumentar sus aprendizajes y conocimientos en ámbitos científicos y culturales diversos.

Por otra parte, en una Europa cuyas prioridades de futuro están estrechamente conectadas con el saber, con el conocimiento, con la información y con las nuevas tecnologías, y en la que aparecen poco a poco nuevas maneras de entender cuáles son los derechos y las responsabilidades de los ciudadanos, la educación permanente —y dentro de ella las universidades— está llamada a disfrutar de un protagonismo hasta ahora desconocido, quizás entre otras causas por una falta de visión de futuro o de miopía política de nuestras instituciones.

España, con un tradicional déficit educativo y cultural que nos separa de la mayoría de países de la Unión Europea, deberá hacer esfuerzos suplementarios para dotarse de los recursos necesarios, no únicamente económicos, para afrontar los retos y desafíos del nuevo milenio, y para ahuyentar la ignorancia y el iletrismo excesivamente presentes todavía, en particular en determinados sectores de edad y género, así como en zonas rurales discriminadas, barrios deprimidos de grandes ciudades, y regiones concretas que soportan mayores necesidades y en las que abundan a menudo las situaciones de exclusión social.

La educación permanente que conocemos bien como concepto en nuestras Facultades de Pedagogía o Educación desde hace casi seis lustros² no acaba todavía de aterrizar plenamente en el sendero de nuestra sociedad, sin ignorar por supuesto los avances logrados ni el papel capital que han desarrollado en las últimas décadas algunas universidades como la UNED y posteriormente la UOC.

Por otro lado, el desenvolvimiento práctico de la noción de educación permanente implica hoy entre otras cuestiones un auténtico y unánime reconocimiento de todos los poderes públicos y también de las empresas e industrias de los sectores público y privado. Por consiguiente, su desarrollo nos exige huir de esta suerte de

² Entre otras muchas publicaciones recordemos tan sólo la tercera parte del informe Faure presentado a la Unesco en 1972 con el título de *Aprender a ser* que fue traducido a más de 30 idiomas y que pretendía potenciar la educación permanente en el marco de la ciudad educativa. Entiendo que sería altamente positivo rescatar de nuevo este informe con la adecuación temporal que le corresponda (E. FAURE y otros: *Aprender a ser*, Madrid, Alianza/Unesco, 1973).

«autismo» que provoca la inercia y el apego a una visión tradicionalista de la educación formal y del trabajo, que a menudo parece no asumir con agrado los inevitables cambios que asoman con el nuevo milenio.

Así, además de cambios de actitud y de una nueva mentalidad para gestionar nuestras universidades, precisamos con urgencia centros de educación superior diversos y diversificados, abiertos al alumnado de todas las edades y de todos los niveles, que faciliten el acceso de muchos sectores de la población, apenas incluidos en el sistema educativo, con horarios y posibilidades de variación o transformación de nivel mucho más flexibles que los hasta ahora conocidos.

La universidad debe asumir su importante cuota de protagonismo en el marco de la educación permanente incluyendo, además de las nuevas tecnologías y de los cursos específicos de postgrado para satisfacer las demandas de las Administraciones y empresas, programas especiales para adultos, personas mayores, emigrantes y personas con carencias o disminuciones determinadas.

Por supuesto, que dentro de este protagonismo colectivo que les incumbe a las universidades y a otras instituciones u organizaciones, las Facultades de Pedagogía y/o Educación deberían asumir un notable canon de participación, entre otras cosas promoviendo cursos, programas, seminarios e investigaciones que profundicen en temas relacionados con el analfabetismo, la exclusión social, la marginación, etc. Por otra parte, correspondería asimismo a estas Facultades, al menos de manera parcial, la formación y capacitación de buenos profesionales que adquieran un alto grado de compromiso hacia las personas y grupos más desfavorecidos, al tiempo que la calidad de su formación debería contribuir a mejorar los modos de organización de nuestros pensamientos y a descubrir las diferentes y variadas dimensiones —psicológicas, históricas y sociales— de la realidad humana.

IV. UNIVERSIDADES MÁS COMPLEJAS

Globalización³ y complejidad son características de nuestro tiempo que también deben estar presentes en nuestras universidades. Sin duda, la educación

³ Para profundizar en la noción de globalización, véanse las perspectivas de este concepto estudiadas por el profesor Florentino Sanz en su notable artículo sobre «Perspectivas de la educación de adultos en una sociedad globalizada», en el número 4 de la *Revista Española de Educación Comparada*, pp. 69-99.

comparada es una disciplina que puede y debe contribuir eficazmente a educar con una visión mucho más amplia y global del mundo que nos rodea, al tiempo que nos aproxima al conocimiento de lo que deberían ser las nuevas prioridades internacionales.

Pero si la globalización es una realidad y un desafío en nuestras universidades, no lo es menos el reto de la complejidad. Tradicionalmente hemos aprendido a fragmentar, seccionar o dividir en parcelas nuestros conocimientos, aislando lo que considerábamos como territorio propio y alejando del centro de nuestras preocupaciones aquello que de manera a menudo arbitraria había correspondido a espacios más o menos cercanos.

Buenos ejemplos de esta tendencia a la simplificación y homogeneización podemos encontrarlos en la mayor parte de disciplinas o asignaturas de nuestras universidades. De esta manera, con frecuencia hemos acotado nuestro propio territorio académico e ignorado con excesiva simplicidad los espacios próximos, incluso argumentando al mismo tiempo una teórica defensa de la interdisciplinariedad.

Establecer aduanas epistemológicas en las disciplinas universitarias —y por supuesto en las materias pedagógicas— y levantar muros y fragmentar, sólo favorece el aislamiento y la visión simplificada de los objetos de estudio. Y ello se desarrolla en contra de los desafíos de la globalización y de la complejidad.

Dentro del sistema educativo formal, desde la educación infantil hasta la educación superior deberíamos aprender a separar y a juntar. Y esta es una actividad a la que los comparatistas de cualquier campo de las Ciencias Sociales podríamos contribuir significativamente, aportando formas de establecer conexiones, puentes y relaciones, enseñando a agrupar, unificar, integrar o interpretar muchas de las cuestiones que hemos acumulado de manera triturada o fragmentada a lo largo de una asignatura, un curso, un ciclo o etapa de nuestra educación; es decir, a «atar cabos», a buscar convergencias, a desarrollar el pensamiento analógico, a progresar con la reflexión sobre semejanzas y diferencias, a expansionar y profundizar en el pensamiento deductivo-inductivo y también en el inductivo-deductivo.

En un excelente trabajo de enorme interés para los comparatistas Sobre la reforma de la Universidad, el pensador e investigador Edgar Morin indicaba:

«La inteligencia que sólo sabe separar destroza lo complejo del mundo en fragmentos disyuntos, fracciona los problemas, unidimensionaliza lo multidimensional. Es una

inteligencia a la vez miope, daltónica, tuerta; acaba la mayoría de las veces por ser ciega. Destruye en el proyecto todas las posibilidades de comprensión y de reflexión, eliminando también las oportunidades de un juicio corrector o de una visión a largo plazo.

La forma de pensar que utilizamos para hallar soluciones a los problemas más graves de nuestra era planetaria constituye por sí misma uno de los problemas más graves que debemos afrontar. Así, cuanto más multidimensionales son los problemas, más incapacidad hay para pensar su multidimensionalidad; cuanto más progresa la crisis, más progresa la incapacidad para pensar la crisis; cuanto más globales se hacen los problemas, más impensados llegan a ser. Incapaz de prever el contexto y el complejo planetario, la inteligencia ciega se convierte en inconsciente e irresponsable.»⁴

Posteriormente el propio E. Morin se refiere a la histórica desunión entre la cultura humanista y la cultura científica, y propugna una reforma del pensamiento que sustituya el pensamiento unilineal y unidireccional, que desune, por el pensamiento multirreferencial, que une e integra las partes en un todo.

V. NUEVOS MODELOS DE UNIVERSIDADES

Un cambio adecuado de la institución universitaria implica entre otras cosas tener una visión bastante clara del tipo de sociedad que se nos avecina, de los nuevos escenarios de la educación superior y del sistema educativo necesario para poder materializar esta visión. En teoría, las nuevas universidades deberían contribuir a una mayor integración y armonización desde el punto de vista social, cultural y económico, tanto a nivel de España como de la Unión Europea.

Hasta el año 1968 había en España doce universidades públicas y algunas Escuelas Técnicas Superiores. La Ley de Reforma Universitaria de 1983 no se preocupó apenas ni de regular las universidades privadas ni tampoco de la utilización del término universidad. En la actualidad, la creación de universidades es una actividad libre, su reconocimiento como tales en la práctica también lo es, y tan solo observamos un control en la concesión de titulaciones homologables. Asistimos por consiguiente a un enorme proceso de expansión y de diversificación de todas las universidades que demanda sin lugar a dudas una compleja redefinición interna.

⁴ (Morin, 1998:27)

Mientras en Estados Unidos y otros países europeos, la educación superior está extraordinariamente diversificada y la universidad es solamente uno de los ingredientes de la educación superior,⁵ en España y en América Latina la universidad es el eje principal, y en ocasiones casi total, de la educación superior. Hoy en Estados Unidos la educación superior en general es «asombrosamente extensa, descentralizada, diversificada, competitiva y empresarial» (CLARK, 1997:23). De este modo, en la actualidad norteamericana se aprende más con programas de empresas que no en escuelas y universidades. Y en aquellos escenarios en los que las universidades, sometidas a presión por la competencia y la competitividad, no responden a los nuevos desafíos, tienen enormes posibilidades de trasladar la educación al libre mercado, por supuesto con probables consecuencias irreversibles para el sistema educativo.

Cada vez más, todas las universidades se encuentran bajo la presión galopante de la competitividad, y sin duda vivimos un período en el que los políticos y responsables de las administraciones educativas muestran una enorme desconfianza hacia la autonomía y la madurez de las universidades. No obstante, en el ámbito universitario, en la medida en que seamos capaces de afrontar la complejidad, la globalización, la incertidumbre, el nuevo dinamismo social, etc., y que seamos también competentes para hacer frente a los cambios entendiéndolos como una posibilidad y una oportunidad creativa, y no como una amenaza que asusta o provoca ansiedad, estaremos más en condiciones de optimizar nuestras actividades de docencia y de investigación.

Sabemos que las universidades se enfrentan en el umbral del siglo XXI a unas demandas de carácter científico, tecnológico y social a las que deberíamos responder de manera adecuada. Pero, ¿No será que sin el indispensable apoyo social, se está exigiendo a nuestras universidades por encima de sus posibilidades reales?

Efectivamente, da la impresión que sin poder disponer de los suficientes apoyos y auxilios se les exige a nuestras universidades: —que sean instituciones de creación, difusión y conservación de la cultura; —que sean talleres de investigación científica y tecnológica; —que produzcan innovaciones y conocimientos

⁵ Véase el excelente estudio comparativo sobre las universidades de Burton R. Clark titulado *Las universidades modernas: espacios de investigación y docencia*, publicado en México por la UNAM y Miguel Ángel Porrúa en 1997.

científicos, tecnológicos y sociales; —que contribuyan al progreso de la economía; —que fomenten la investigación científica; —que preparen con eficacia profesionales capaces de competir en un entorno globalizado y complejo; e incluso, —que participen en el proceso de cohesión de la sociedad a la que pertenecen. ¿No serán demasiadas y excesivamente difíciles de cumplir tantas exigencias?

Además, las mencionadas funciones y otras no citadas deben llevarse a cabo de manera relacionada y con múltiples colaboraciones internas y externas. ¿No será desproporcionada una concepción tan ambiciosa y con tantos obstáculos, conflictos y tensiones que habrá que superar?

En repetidas ocasiones se ha señalado que la universidad española sufre también la crisis de muchas otras instituciones y que se halla afectada por un anquilosamiento y una inadecuación a los trascendentales cambios de nuestro tiempo; sin embargo, observamos cómo consigue sobrevivir con múltiples esfuerzos a las enormes dificultades e inconvenientes con los que tropieza constantemente: ya sea por una organización interna poco eficiente, por una constante escasez de recursos económicos, por los diversos y controvertidos problemas de estabilización de sus docentes, déficits de plantillas de docentes, técnicos y administrativos, y un largo etcétera.

Quizás convenga hoy más que nunca una revisión en profundidad de todas estas incapacidades e incompetencias, pero aunque los problemas planteados sean considerados como graves, una clara certeza debe guiar todos nuestros análisis y reflexiones: no resulta posible detenernos ni posponer determinadas tomas de decisión. E inevitablemente, la mayor parte de los problemas de cada universidad deben resolverse necesariamente dentro de sí mismas, decidiendo así cuál debe ser su propio futuro y su enfoque científico y social.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- CLARK, B. R. (1997): *Las universidades modernas: espacios de investigación y docencia* (México, UNAM / Porrúa).
- FAURE, E. y otros (1973): *Aprender a ser. La educación del futuro* (Madrid, Alianza/Unesco).
- MORIN, E. (1998): Sobre la reforma de la Universidad, en Porta, J. y Lladonos, M. (Coords.), *La universidad en el cambio de siglo* (Madrid, Alianza Editorial).

ROJAS MARCOS, L. (1999): *Aprender a vivir* (Barcelona, Fundación «la Caixa»).

SANZ, F. (1998): Perspectivas de la educación de adultos en una sociedad globalizada, *La educación en el siglo XXI. Revista Española de Educación Comparada*, n.º 4. (Madrid, UNED/SEEC), pp.69-99.

RESUMEN

El objetivo principal de este artículo es el de aportar un amplio conjunto de reflexiones sobre algunos de los múltiples problemas que aquejan hoy a las universidades. El autor inicia sus reflexiones constatando que la reforma de las universidades es absolutamente necesaria y que implica una reforma de todo el sistema educativo y un conocimiento bastante aproximado de la sociedad que se nos avecina.

Examina el fenómeno de la multiplicación de universidades, sus efectos y consecuencias, defendiendo la puesta en marcha de mecanismos que frenen la proliferación sin control de instituciones de educación superior. Asimismo intenta relacionar el papel de la universidad como institución cultural con la educación permanente, y defiende la necesidad de una visión mucho más amplia, compleja y global del mundo que nos rodea, aprovechando las aportaciones de la educación comparada.

Concluye el artículo diferenciando modelos de educación superior y abogando por una revisión en profundidad de los problemas que afectan a la universidad, los cuales mayoritariamente deben resolverse en su seno.

ABSTRACT

The main aim of this article is to contribute a series of reflections on some of the many problems that universities are faced with today. The author begins by stating that university reform is absolutely necessary and that this implies a reform of the whole system of education and a close awareness of the society of the future.

The article examines the phenomenon of the multiplication of universities, its effects and their consequences, while defending the setting up of mechanisms to put a brake on the uncontrollable proliferation of higher education institutions. At the same time it attempts to relate the role of the university, as a cultural institution, to permanent education, and defends the need for a much wider, complex and global view of the world around us, using contributions from comparative education.

The article finishes by differentiating between different models of higher education and advocating a profound revision of the problems affecting the university, most of which should be dealt with internally.